

Todas las historias de amor son historias de fantasmas

David Foster Wallace, una biografía

D. T. MAX

Traducción de
María Serrano

DEBATE

Para Flora y para Jules, para siempre



Lo que pasa por dentro es simplemente demasiado rápido y enorme y completamente interconectado para que las palabras consigan algo más que apenas esbozar los contornos de como mucho una parte diminuta de ello en cualquier momento determinado.

«El neón de siempre»

Índice

Prefacio	13
1. «Llámeme Dave»	19
2. «El verdadero “Waller”»	37
3. «¡Hacia el oeste!»	82
4. En la casa encantada.	132
5. «Por favor, no me des por perdido»	190
6. «Ni solo ni estresado».	244
7. «Rugidos y siseos»	305
8. El rey pálido	356
Agradecimientos.	399
Notas.	407
Obras de David Foster Wallace.	449
Nota sobre las fuentes	453
Índice alfabético	455

«Llámeme Dave»

Toda historia tiene un principio, y la de David Wallace empieza así. Nació en Ithaca, en el estado de Nueva York, el 21 de febrero de 1962. Su padre, James, pertenecía a una familia de profesionales liberales y estaba estudiando un posgrado de filosofía en Cornell. Sally Foster, la madre de David, procedía de un entorno más rural, su padre se dedicaba al cultivo de la patata y su familia estaba repartida entre el estado de Maine y la provincia de New Brunswick, en Canadá. Su abuelo era pastor baptista y había enseñado a leer a Sally con la Biblia. Sally estudió con una beca en un internado y después ingresó en el Mount Holyoke College, donde estudió filología inglesa. Fue presidenta del consejo de alumnos y la primera persona de su familia en obtener una licenciatura.

Dos años después del nacimiento de David, Jim y Sally tuvieron una hija, Amy. Para entonces, la familia se había trasladado a las ciudades gemelas de Champaign-Urbana, en el centro de Illinois, sede de la universidad pública más importante del estado. A la familia no le entusiasmaba la idea de dejar Cornell —a Sally y a Jim les encantaban las formas onduladas del paisaje de la región—, pero el departamento de filosofía de la universidad le había ofrecido un puesto a Wallace y este no pudo rechazarlo. A su llegada, la pareja comprobó con sorpresa lo inhóspita que era su nueva ciudad, considerablemente plana y desapacible. Pero, por fortuna, muy pronto el puesto de Jim tuvo posibilidades de convertirse en una plaza de profesor titular, Sally volvió a la universidad para estudiar un máster en filología inglesa y en 1969 la familia terminó instalándose definitivamente en Urbana con la compra de una casita amarilla de dos plantas cerca de

la universidad, en una pequeña calle de tan solo una manzana de longitud. Unas pocas calles más allá empezaban los campos de maíz y de soja, extensas praderas de cultivos que se extendían hasta donde alcanzaba la vista en un horizonte infinito.

Aquí Wallace y su hermana crecieron junto a otros niños como ellos, en hogares donde se daba un alto valor a la educación y en los que las virtudes clásicas del Medio Oeste —la normalidad, la amabilidad y el sentido comunitario— tenían también un papel dominante. La fanfarronería estaba prohibida, la afabilidad era algo primordial. La casa de los Wallace tenía un tamaño modesto y estaba rodeada de otras casitas de tamaño modesto. Los vecinos estaban siempre a mano y, como recuerda uno de los amigos, los niños del vecindario pasaban gran parte del tiempo en pandilla, montados en sus bicicletas. En esa época daba la impresión de que uno de cada dos niños se llamaba David.

Primero estaban las clases en la escuela Yankee Ridge, luego los deberes. Los Wallace cenaban a las 17.45 y, después, Jim Wallace les leía cuentos a Amy y a David. Todas las noches, una vez metidos en la cama, cada niño disponía de quince minutos para contarle a Sally las cosas que le rondaran por la cabeza. La luz se apagaba a las 20.30. Una vez dormidos los niños, los padres se quedaban conversando, se contaban las anécdotas del día, veían las noticias de las diez y, exactamente a las 22.30, Jim apagaba las luces. Todas las semanas Jim llevaba a casa una pila de libros de la biblioteca. A Sally le gustaban especialmente las novelas, desde John Irving hasta los clásicos universitarios con cuya relectura disfrutaba. A ojos de David, el hogar era una máquina perfecta que funcionaba como la seda. Posteriormente hablaría en varias entrevistas de una imagen que recordaba de sus padres tumbados en la cama, cogidos de la mano y leyéndose el *Ulises* el uno al otro. Para David, su madre era el centro del universo. Le cocinaba sus platos favoritos, rosbif y macarrones con queso, preparaba las tartas de chocolate de los cumpleaños y llevaba a los niños allá donde tuvieran que ir en su Volkswagen Escarabajo, que, más tarde, después de sufrir un accidente, sustituyó por un AMC Gremlin. Hacía *boeuf bourguignon* para el cumpleaños de su hijo y le cosía etiquetas en las prendas de

ropa (algunas de las cuales David seguiría usando aún en la universidad).

Nadie escuchaba a David como lo hacía su madre. Lista y divertida, era fácil confiar en ella y le contagié su amor por las palabras. Incluso años más tarde, sumido en una difícil batalla con la herencia de su infancia, David siempre hablaría con afecto de la pasión por las palabras y la gramática que su madre le había transmitido. Si no existía una palabra para nombrar algo, Sally Wallace la inventaba: *greebles* era el nombre que daba a las pelusillas pequeñas, especialmente las que se meten en la cama adheridas a los pies al acostarse; llamaba *twanger* a las cosas cuyo nombre desconocía o no podía recordar. Le encantaba la palabra *fantods*, con la que designaba un estado de miedo o de repulsión extremo, y usaba la expresión *the howling fantods* para referirse a la máxima expresión de ese estado. Todas estas palabras, igual que gran parte de sus vivencias de la infancia, terminarían apareciendo después en la obra de Wallace.*

Visto desde fuera, el entusiasmo de Sally por el uso correcto de la lengua podría parecer exagerado. Cuando durante la cena alguien cometía un error gramatical, Sally se tapaba la boca con la servilleta y empezaba a toser repetidamente hasta que el hablante se diera cuenta de su error. En los supermercados, ponía una queja cada vez que veía el letrero TEN ITEMS OR LESS colgado sobre las cajas rápidas. (Después, en *La broma infinita*, Wallace haría de esta protesta la campaña particular de la predatoria figura materna de Avril Incandenza, cofundadora de los «Gramáticos Militantes de Massachusetts».)**

* En las traducciones de las obras de Wallace al castellano se han empleado diversos términos para trasladar esas palabras y expresiones inventadas. *Greebles*, por ejemplo, aparece en *La broma infinita* como «pelotillas» y «moquillo», y en *El rey pálido* como «migajas». *Fantods* y *the howling fantods* aparecen en *La broma infinita* como «aullido de horror», «berridos histéricos», «poner histérico», «estremecer» o «espantar». (*N. de la T.*)

** La expresión, que significa «Diez artículos o menos», debería ser en inglés correcto *ten items or fewer*. La palabra *fewer* debe acompañar a los sustantivos contables y *less* a los sustantivos incontables. La anécdota, por tanto, es intraducible, y en la versión en español de *La broma infinita* se adaptó de modo que la acción que emprenden Avril y los Gramáticos Militantes de Massachusetts es más general, se

Para Sally, la gramática era más que una mera herramienta. Era el carnet de socio que daba entrada al club de las personas con educación. La idea de que con cada palabra pronunciada se pusiera tanto en juego excitaba a David y multiplicaba la emoción de tener una madre tan inteligente. También lo hacía su sensibilidad: Sally aborrecía los gritos. Si estaba disgustada por algo, escribía una nota. Y si David o Amy tenían algo que responder, se la devolvían deslizándosela por debajo de la puerta de la habitación. Incluso cuando era un niño pequeño, David ya estaba familiarizado con las delicadas facetas dramáticas de la personalidad. Cuando tenía alrededor de cinco años escribió (y puede oírse en sus palabras el suspiro de la mujer que las inspiró):

*My mother works so hard
And for bread she needs some lard.
She bakes the bread. And makes the bed.
And when she's threw
She feels she's dayd.**

El chico adoraba también a su padre, una figura afectuosa, si bien ligeramente abstraída, un hombre firme y dulce que le leía historias todas las noches en la mesa a la hora de cenar. «Mi padre tiene una voz preciosa para leer...», afirmó Wallace en una entrevista tiempo después, hacia los treinta y cinco años,

y tengo un recuerdo de cuando yo tenía cinco años y Amy tres, de papá leyéndonos *Moby Dick* —la versión íntegra de *Moby Dick*—. Antes de que, más o menos a mitad de libro, mamá le llevara aparte y le explicara que, bueno, no es que a los niños pequeños, en general, la cetología les suela parecer demasiado interesante que digamos. Bueno, así eran... Aunque creo que al final Amy fue eximida. Y yo lo hice un

dedican a «ir de supermercado en supermercado y hundir al gerente si ven un letrero con errores gramaticales». (*N. de la T.*)

* «La labor de mi madre es dura / Y hace el pan con levadura. / El pan cuece. Y la cama hace. / Y cuando acaba / Está cansada.»

poco en plan: «Papá, te quiero y voy a quedarme aquí sentado escuchándote».¹

El recuerdo está exagerado —el padre de Wallace afirma que no se le habría ocurrido leer *Moby Dick*, y mucho menos las partes más aburridas, a unos niños tan pequeños—, pero refleja bastante bien cómo veía David las relaciones dentro de la familia: el padre bueno y un poco en otro mundo, la hermana menor, entre las filas de los no combatientes, y David en el centro, protegido por su madre y al tiempo intentando liberarse de su dominio.

Wallace tuvo una infancia feliz y corriente. En años posteriores insistiría mucho en ello. Era un niño flacucho, de dientes separados y con el pelo lacio cortado con flequillo. Su equipo era los Chicago Bears, le encantaba Dick Butkus, su *linebacker* estrella («un sargento genial en la guerra de Vietnam», escribió en una redacción escolar), y quería ser también jugador de fútbol americano, o neurocirujano para curar los nervios de su madre. Se consideraba un niño normal. Y era normal. Pero también era evidente que pertenecía a una familia de talento, que, de forma parecida a la familia Glass de Salinger, sentía pasión por la habilidad de imponer su mundo conceptual sobre el mundo real. «¿Vas a portarte bien seguro?», le dijo una vez su madre a los tres años. «Sí, seré guro», respondió David.* Cuando tenía ocho o nueve años, durante un viaje en coche, la familia decidió que cada vez que apareciera en la conversación la palabra *pie* («tarta», que en inglés se pronuncia igual que el número pi) la sustituirían por la cifra 3,14159. Aunque le gustaban las palabras, Wallace no era particularmente aficionado a la literatura; de hecho, pensaba que la lógica y los rompecabezas se le daban igual de bien. Uno de sus amigos de la infancia cuenta que una vez asistió a una firma de libros de Wallace y se quedó atónito al ver que su amigo era aún capaz de recitar de un tirón el número de veinticinco cifras que se habían aprendido de niños.

De un boceto autobiográfico de Wallace escrito más o menos en cuarto grado:

* En inglés: *Behave / I am «have»*. David confunde la palabra *behave* con una forma verbal compuesta con el verbo *to be* («ser») como auxiliar. (*N. de la T.*)

Pelo oscuro semilargo, ojos castaño oscuro... Le gusta bucear, jugar al fútbol americano, ver la tele, leer. Altura: 1,40 metros. Peso: 31,5 kilos.

Al final de estas redacciones cortas, a Wallace le gustaba practicar su firma: Dave W., David W. «Hola —se presentaba en una carta a su profesor a los nueve años—, me llamo David W. Pero llámeme Dave.» «David Foster Wallace», firmó encima de otro poema sobre los vikingos cuando tenía seis o siete años («Si hoy a un vikingo ves llegar / mejor será que te marches sin rechistar»). Ya entonces estaba comprobando cómo le quedaba su segundo nombre, el apellido de su madre.

Lo que Wallace escribía de niño también era, en su mayor parte, corriente, pero su sentido del humor salía a relucir en cuanto había oportunidad. Tenía cierta afición por la parodia. «Los Dougnu-Froots —escribió en una redacción de escritura experimental en el colegio— son sabrosos angelitos de misericordia, coloridos y económicos, para tu estómago hambriento.» Y la Burpo Soda poseía «un sabor mojado: si no tienes sed, es mejor que cambies de canal». Su mente se inclinaba naturalmente hacia los juegos de palabras y la sátira, hacia el reverso de las cosas.

En casa de los Wallace siempre había lugar para la apelación. Desde los diez años, David escribía informes a sus padres en los que detallaba sus injusticias, de forma que para él era natural dar por hecho que el resto del mundo iba a estar igual de interesado en su opinión. Como es natural, esa circunstancia le llevaba a chocar con muchos adultos. En la escuela primaria Yankee Ridge, donde asistió desde 1969 a 1974, podía oírse habitualmente a David clamando «¿Por qué?» o «Pero ¡eso no tiene sentido!», y a pesar de que los profesores eran conscientes de su inteligencia, muchos de ellos lo consideraban un niño problemático. Un día, en el Campamento de Día Crystal Lake al que Amy y él asistieron muchos veranos, terminó cansándose de las reglas de los monitores y directamente cogió el camino y se volvió andando a casa, a varios kilómetros de distancia. (Su madre se dirigió al campamento hecha una furia y pidió que le trajeran a su hijo. Cuando se demostró que eran incapaces de hacerlo ella les dijo: «¡Porque está en casa!».)

Cuando David tenía diez años, su madre empezó a dar clases de filología inglesa a tiempo completo en el Parkland Community College. A veces su padre se quedaba en casa trabajando en algún libro, otras les dejaban una llave bajo el felpudo. David llenaba sus horas con lecturas. Devoró las aventuras de los hermanos Hardy, *El mago de Oz* y el libro de Thornton Burgess *Old Mother West Wind*. Le gustaban las aventuras y la fantasía y habitaba la típica vida imaginaria de un niño, disfrutando intensamente la tensión del trayecto que va desde la circunstancia amenazante hasta el triunfo final. Se empapaba de libros sobre tiburones y memorizaba las fechas y los lugares en los que había tenido lugar algún ataque. Leía una y otra vez un libro titulado *Bertie Comes Through* («Bertie lo consigue»), sobre un adolescente que era algo torpe pero perseverante («“Al menos estoy aquí, intentándolo”, se dice Bertie a sí mismo»). En sexto grado, con doce años, ayudó a su escuela a llegar al campeonato de «La Batalla de los Libros», «una competición interescolar de lectura y memorización en el estilo de los concursos de deletreo», según lo noveló en *La broma infinita*. En el periódico local apareció una foto de Dave con la mano levantada, abalanzándose sobre una pregunta. Su nombre volvió a aparecer ese mismo año cuando obtuvo un primer premio ex aequo con un poema sobre Boneyard Creek, el viejo canal de riego que transcurría por detrás de la biblioteca local:

*Did you know that rats breed there?
That garbage is their favorite lair.**

Wallace ganó cincuenta dólares con ese poema. Leyó *Dune*, la larguísima novela de ciencia ficción, también las comedias de P. G. Wodehouse y vio numerosas películas en el cine, entre ellas *Tiburón*, por supuesto, que afianzó su terror a los tiburones. Cuando fue un poco mayor descubrió *Bienvenido, Mr. Chance*, con Peter Sellers, una película que vio una y otra vez sin parar, fascinado por su retrato de un hombre que todo lo que sabe lo aprende a través de la televisión.

* «¿Sabíais que es allí donde las ratas hacen nido? / ¿Que la basura es su lecho preferido?»